La Comédiathèque

El peor pueblo de España

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El peor pueblo de España

Jean-Pierre Martinez

Los pocos supervivientes de un pueblo moribundo, olvidado de Dios y al que la autovía dejó de lado, deciden organizar un acontecimiento extraordinario para atraer visitantes. Pero convertir el peor pueblo de España en el nuevo destino turístico de moda no resulta tan fácil…

PERSONAJES

Manolo (o Manuela): propietario o propietaria del bar
María: propietaria del bar
Charlie (o Carla): maestro o maestra
Feliciano: párroco del pueblo
Honorato (u Honorina): alcalde o alcaldesa
Juan Carlos (o Juana Carlota): el tonto o la tonta del pueblo
Wendy: productora de telerrealidad
Laura (o Laureano): periodista
Ramírez: comisario o comisaria

Reparto muy flexible en cuanto al sexo de los intérpretes: casi todos los papeles pueden ser masculinos o femeninos. Existe una adaptación para nueve intérpretes, disponible en las páginas del autor: https://comediatheque.net/ y https://jeanpierremartinez.net/

© La Comédiathèque

Acto I

Un bar de pueblo, el Bar Manolo, en Villaburros de la Iglesia. Tras la barra, Manolo, de aspecto campechano, hojea el periódico local mientras María, algo más arreglada, seca unos vasos distraídamente. Entra Honorato de la Fuente y de San Telmo, el alcalde, vestido con una elegancia un tanto anticuada.

Honorato – Buenos días, Manolo. Señora María, a sus pies.

Manolo, algo malhumorado, apenas levanta la mirada del periódico. María sale de su ensimismamiento y se le ilumina un poco la cara.

María – Señor alcalde… ¿Qué tal está?

Honorato se instala en un extremo de la barra.

Honorato – Pues… Desde esta mañana tengo una ligera cefalea. No sé a qué se deberá…

Manolo – Después de cómo acabaste anoche, no me extraña. Eso se llama resaca, hablando en plata.

María dirige una mirada de reproche a Manolo.

María *(muy amable)* – ¿Qué le pongo, Honorato?

Honorato – Un Chinchón. Seguro que me sienta bien…

Manolo – Haces bien. No hay nada como combatir el fuego con fuego…

María le sirve la bebida y Honorato se lo agradece con una sonrisa.

Honorato – Hoy está usted especialmente guapa, querida.

María – Me he teñido el pelo. Mi marido ni se ha dado cuenta…

Honorato – Ah, sí, es un tono…

Manolo – Azul.

Honorato – Está claro que su marido no la merece, querida María. Le sienta de maravilla.

María – Así cambio un poco…

Manolo contempla, irritado, ese pequeño coqueteo.

Manolo – El color de tu pelo es lo único que cambia de vez en cuando en Villaburros de la Iglesia… *(Deja el periódico sobre la barra.)* Es increíble. En este pueblo no pasa absolutamente nada… Ya ni siquiera aparecemos en el índice del periódico comarcal.

María – ¿De verdad?

Manolo – Mira. Antes, aunque nunca hablaran de nosotros, Villaburros de la Iglesia figuraba aquí, entre Villaburros del Arroyo y Villaburros de las Dos Iglesias. Ahora, nada. ¡Ni en el índice aparecemos!

Honorato *(suspirando)* – Ay, Manolo… Somos náufragos del éxodo rural. Nos borran del índice antes de borrarnos del mapa. Dentro de poco no figuraremos ni en los planos, como una isla desierta en medio del Pacífico, lejos de todas las rutas marítimas.

María – Si al menos tuviéramos playa… Tiene razón, Honorato. Somos náufragos en mitad de un mar de patatales.

Honorato – Hasta que la subida del nivel del mar sumerja este pedacito de tierra al que seguimos aferrados…

Manolo – Aquí es más probable que nos arrastre un alud de barro…

Honorato bebe su Chinchón.

María – Qué tristeza… Pero ¿qué podemos hacer, señor alcalde?

Honorato – Alcalde… No sé si seguiré siéndolo mucho tiempo…

Manolo – ¿Temes que no te reelijan? Aquí nunca se ha presentado nadie más. Y con los pocos electores que quedan, si te votas a ti mismo ya tendrás casi el veinte por ciento de los votos emitidos.

Honorato – No es eso… He recibido una carta en el ayuntamiento. Se está hablando de incorporar nuestro municipio al pueblo de al lado.

Manolo – ¿Villaburros de las Dos Iglesias?

María – ¡Pero si está a más de veinte kilómetros!

Honorato – Veintitrés a vuelo de pájaro… y veinte por carretera.

Manolo – Es que la carretera, entre tantos campos, es rectísima…

María – Como aquí no hay nada, no sé qué tendría que esquivar para justificar una curva.

Manolo – Si al menos hubiera una colina, un bosque, aunque fuera un bosquecillo…

Honorato – Si tuviéramos que elegir un escudo para el municipio, no sé qué pondríamos en él…

Manolo – Una patata.

Honorato – En cualquier caso, no estamos para echar las campanas al vuelo. Puede que sea mi último mandato. Lo llaman fusión de municipios.

Manolo – ¡Con más de treinta años como alcalde…!

María – Entonces, ¿cómo tendremos que llamarlo, si ya no podemos decirle «señor alcalde»?

Honorato – Señor de la Fuente y de San Telmo, supongo… Pero usted, María, siempre podrá llamarme Honorato.

Manolo – Ya no teníamos urinario público ni cabina telefónica. Ahora nos quedaremos también sin ayuntamiento.

Honorato – Es la muerte de los servicios públicos…

María – Con todo lo que usted hizo por Villaburros de la Iglesia…

Manolo – Bueno, bueno…

María – ¿Qué?

Manolo – A quien más va a perjudicar esto es a tus negocietes, ¿verdad, Honorato?

Honorato – ¿Mis negocios? ¿Qué negocios?

Manolo – Está bien, como alcalde has hecho muchísimo por el pueblo. Seguramente por eso ahora quieren suprimirlo…

María – Eso es injusto, Manolo. Hay que reconocer que Villaburros tiene pocos atractivos.

Manolo – Pero tú te has aprovechado bien del cargo, ¿o no?

Honorato – No sé de qué estás hablando…

Manolo – De aquella subvención que conseguiste de la diputación provincial…

Honorato – Ah, sí…

Manolo – Para restaurar un caserón donde, según una leyenda que nadie había oído mencionar hasta entonces, Juana la Loca habría pasado una noche en 1495.

Honorato – ¡Puedo enseñarte el libro donde aparece esa leyenda!

Manolo – ¡Un libro que has escrito tú!

Honorato – ¿Ahora resulta que está prohibido escribir libros de historia?

Manolo – Un caserón que, casualmente, es tuyo y que restauraron por completo con el dinero de los contribuyentes para convertirlo, supuestamente, en alojamiento rural… Donde jamás se ha hospedado nadie, por supuesto. Salvo Juana la Loca…

Honorato – No te imaginas lo que cuesta mantener un edificio histórico, Manolo…

Manolo – Juana la Loca… ¡Si al menos hubiera perdido la cabeza… y la virginidad… en tu cama!

María – Manolo, por favor…

Manolo – Por no hablar de la subvención para restaurar la iglesia del pueblo.

Honorato – ¡Villaburros de la Iglesia tenía que contar con una iglesia digna de ese nombre!

Manolo – Y resulta que tu propio primo es el cura. Con nuestros impuestos han dejado la casa parroquial como un riad marroquí. Hasta tiene un jacuzzi en el patio…

Honorato – ¿Un jacuzzi? ¡Qué exageración! Es un simple estanque ornamental.

Manolo – Pues un estanque con chorros, entonces.

Honorato – Manolo, de verdad que no sé adónde quieres llegar…

Manolo – Con ese dinero se podía haber hecho algo por el pueblo…

Honorato – ¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

Manolo – Instalar cámaras de vigilancia, sin ir más lejos.

Honorato – ¿Para vigilar qué? ¿Los patatales?

Manolo – ¡Podíamos haber rehabilitado la escuela!

Entra Charlie, el maestro, de aspecto abiertamente gay.

Charlie – Señoras y señores…

María – Hablando del rey de Roma… Precisamente aquí está el maestro. Hola, Charlie.

Charlie – ¡Vaya! ¡Menuda multitud hay hoy en el Bar Manolo!

Manolo – Sí… Estamos casi todos.

Charlie – La nobleza y el pueblo llano. Solo falta el cura y podremos reunir unas Cortes medievales…

Honorato – No sabe cuánta razón tiene, Charlie. La patria está en peligro.

Manolo – Y Juana la Loca ya no está para defenderla…

Charlie *(a Honorato)* – ¿Por fin lo van a imputar, señor alcalde? Últimamente está muy de moda.

María – Ojalá fuera solo eso…

Charlie – ¿Va a tener que celebrar su primera boda gay? Aunque, que yo recuerde, nadie me ha pedido la mano… Al menos, no para ponerme un anillo en el dedo…

Honorato – Van a anexionar Villaburros de la Iglesia al pueblo vecino.

Charlie – ¡No me diga!

María – Y esto solo es el principio, ya lo verán.

Honorato – El principio del fin, en cualquier caso.

Manolo – Hitler empezó invadiendo Polonia, y luego vino todo lo demás. Si no reaccionamos…

Charlie – Por desgracia, no sabe cuánta razón tiene.

Charlie se acomoda en la barra, preocupado.

María – ¿También le han dado malas noticias?

Charlie – Están pensando en cerrar la escuela.

María – ¡No!

Manolo – Era de esperar. Desde que no queda ni un alumno… Cuando nos quedemos sin clientes, nosotros también tendremos que cerrar.

María – ¿Ya no hay alumnos? ¿Es que Juan Carlos ha conseguido por fin el certificado de estudios?

Charlie – El certificado de estudios… Eso desapareció el siglo pasado, María. Pero, con más de dieciocho años, tampoco podía seguir haciéndole repetir sexto de primaria.

María – ¿También han suprimido el certificado de estudios? ¿Adónde vamos a parar? ¿Qué te pongo, Charlie?

Charlie – Un licor de menta con anís, como siempre.

María le sirve.

María – ¿Y qué va a hacer ahora Juan Carlos?

Charlie – A saber…

María – Por cierto, todavía no lo hemos visto esta mañana. A saber dónde se habrá escondido.

Manolo – Y si cierran la escuela, a ti tampoco te será fácil encontrar otro puesto de maestro, Charlie.

Honorato – Dicen que faltan docentes…

Manolo – Ya, pero con sus antecedentes penales…

Charlie – ¿Antecedentes? Tampoco exageremos.

Manolo – Fue un asunto de moralidad, después de todo…

Charlie – Sí, pero no tenía nada que ver con los niños…

María – Aun así…

Charlie – De vez en cuando me gustaba dar clase vestido de mujer. No hacía daño a nadie.

María – A los niños debía de desconcertarlos un poco. Un día tenían maestro, al siguiente maestra…

Honorato – Seguramente por eso te trasladaron a una escuela sin alumnos, mientras decidían qué hacer contigo.

Entra Feliciano, el párroco. Parece más un galán maduro que un sacerdote, de no ser por la cruz que lleva discretamente en la solapa.

Charlie – ¡Ah, padre Feliciano! Solo faltaba usted para tomar la Bastilla.

Feliciano – Buenos días, hijos míos.

Manolo – Hijos míos… Con un cura como este nunca se sabe si hay que tomarlo al pie de la letra.

María – Manolo…

Manolo – Mira, Charlie, qué injusta es la vida. Tendrías que haberte hecho cura. En ese oficio los hombres pueden llevar vestidos sin problemas con la justicia. Y a este no le hemos visto jamás con sotana.

Charlie – Es una lástima. Seguro que le sentaría estupendamente, Feliciano.

María – ¿Qué le pongo, padre?

Feliciano – Un vino blanco seco.

Honorato – Y bien, padre, espero que al menos usted traiga buenas noticias.

Feliciano – Ojalá pudiera decirle que sí, señor alcalde… Pero, por desgracia…

Manolo – No te pregunto si se ha muerto alguien. Salvo Juan Carlos, todos los supervivientes de este pueblo fantasma estamos aquí.

Feliciano – Peor que eso. El obispado se plantea suprimir mi parroquia.

María – ¿En serio?

Feliciano – Por desgracia, Dios está en suspensión de pagos… Dicen que nosotros también tenemos que reestructurarnos.

María – Qué desgracia… Cualquier día los chinos comprarán acciones del Vaticano.

Feliciano – Ya nadie viene a misa a Villaburros.

Manolo – A pesar de todo el esfuerzo que has hecho por repoblar la parroquia.

María – Manolo… Respeta al menos la religión.

Manolo – Este no multiplica los panes, multiplica los hijos ilegítimos.

Honorato – Sin ayuntamiento, sin escuela, sin iglesia… Solo nos queda el Bar Manolo.

Manolo – ¿Y por cuánto tiempo?

Charlie – No pensaréis cerrar, ¿verdad?

María – A mí no me importaría venderlo. Si encontráramos comprador…

Feliciano – No se marcharán también ustedes… ¿Qué haría sin el bar, María?

María – Para empezar, cogerme vacaciones. Aunque no se lo crea, nunca he visto el mar.

Manolo – Más nos vale esperar a que el deshielo de los polos traiga el mar hasta aquí. Porque, para encontrar comprador…

Charlie – Un primo, querrás decir.

Manolo – ¿Quién compraría un bar en un lugar así? ¡Ya no tenemos clientes!

Honorato – A los últimos agricultores alcohólicos y endogámicos los han sustituido por drones que controlan desde las afueras de Madrid.

María – Tendríamos que atraer turistas, por lo menos durante el buen tiempo.

Charlie – ¿Y qué va a atraerlos a este agujero? No hay absolutamente nada que visitar en cien kilómetros a la redonda.

Honorato – Para descansar, desde luego, es el sitio ideal.

Manolo – Sí… Para descansar eternamente.

Feliciano – Patatales hasta donde alcanza la vista. Unos cuantos cuervos. Hace falta tener mucha fe para quedarse aquí…

Charlie – Patatales con cuervos… Parece el título de un cuadro de Van Gogh.

María – Si al menos Van Gogh hubiera venido a suicidarse aquí, nos habría dado algo de publicidad.

Manolo – Pues eso es una idea. Si algún día se legaliza el suicidio asistido en España, Villaburros de la Iglesia tendrá muchas posibilidades de albergar el primer centro.

Charlie – Si los deprimidos de toda España vinieran a suicidarse aquí en masa, le darían un poco de vida a nuestro precioso pueblo…

Feliciano – Vamos, hijos, conservemos la fe. Dios acabará ayudándonos.

Manolo – Mientras tanto, invito yo. Vamos a beber para olvidar que el mundo entero, hasta Dios, nos ha abandonado en un océano de patatas. María, saca una botella de espumoso.

Honorato consulta su reloj de bolsillo.

Feliciano – Bueno, pero un trago rápido.

Honorato – ¡Caramba! ¡Qué tarde se ha hecho!

Manolo – ¿Qué pasa? ¿Tan apretada tenéis la agenda los dos?

María abre un armario y grita al descubrir a Juan Carlos acurrucado dentro.

María – ¡Ay, no! Un día me va a dar un infarto…

Honorato – ¿Lo hace a menudo?

María – Desde que era pequeño le da por esconderse en los sitios más inverosímiles.

Manolo – Una vez lo encontramos en la lavadora. Ahora ya no cabe…

María – No me acostumbraré nunca… ¡Sal de ahí!

Juan Carlos sale del armario. Es el típico tonto del pueblo. Se supone que tiene unos dieciocho años, aunque puede interpretarlo una persona mayor vestida como un adolescente o incluso como un niño, lo que acentuará su aire bobalicón.

Juan Carlos *(a Manolo)* – Hola, tito.

Manolo responde con una inclinación de cabeza.

Charlie – Hola, Juan Carlos.

Honorato – Tu primo no mejora…

Feliciano – Creía que era tu sobrino.

María – Es complicado. Hasta yo me hago un lío…

María saca una botella de espumoso y la mete en una cubitera.

Charlie – Ah, ya… Eso explicaría su ligero retraso mental.

Manolo – Como también soy su padrino, digamos que es mi ahijado.

María – Lo llamamos Juan Carlos y listo. Es lo más sencillo.

Charlie – O JC, que es más corto.

Feliciano – Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Honorato – El último joven del pueblo…

Charlie – Desde luego, parece que lleva una pesada herencia genética.

Manolo – Según una leyenda que acabo de descubrir, desciende en línea directa de Juana la Loca.

Feliciano – Por si acaso, el año pasado conseguí que hiciera la primera comunión…

María – Ahora que ya no existe el certificado escolar, el de bautismo será seguramente el único título que consiga.

Charlie – Según un estudio de un sociólogo del CSIC, los Juan Carlos nacidos después del año 2000 apenas tienen una posibilidad entre cien de sacar un sobresaliente en bachillerato.

Honorato – Bueno, muchacho, ¿qué vas a hacer ahora?

Feliciano – Si él también se marcha, me quedaré sin monaguillo.

Manolo – Ahora que ya ni te quedan feligresas a mano…

Juan Carlos – Quiero ir a Madrid para presentarme a un concurso.

Honorato – ¿Un concurso? ¿Qué concurso?

Charlie – ¿Para entrar en la universidad? ¿Para opositar?

Honorato – Quizá quiera ser cartero, como su padre.

Feliciano – ¿Su padre era cartero?

Manolo – ¿Qué pasa? ¿Creías que era cura?

María – No, quiere presentarse a las pruebas de selección de un programa de telerrealidad.

Charlie – ¿Qué programa?

Manolo – Un concurso de talentos de la televisión.

Feliciano – ¡No me digas!

Honorato – ¿Y qué talento puede tener ese idiota?

María – Dice que es contorsionista.

Manolo – Una vez lo encontraron dormido en un contenedor amarillo. Por poco lo llevan al centro de reciclaje.

María – Quizá sus padres querían deshacerse de un trasto viejo…

Juan Carlos se aparta para jugar a los dardos con una torpeza que puede resultar peligrosa para los demás. Honorato termina su copa.

Honorato – Bueno, creo que el espumoso tendrá que esperar… Tengo un asunto urgente en el ayuntamiento.

Manolo – ¿Urgente?

Honorato – Tengo que responder a esa carta.

Charlie – Ah, sí… La opa que ha lanzado Villaburros de las Dos Iglesias sobre Villaburros de la Iglesia.

Feliciano – Lo acompaño, señor alcalde. Yo también tengo que defender mi parroquia…

Se marchan el alcalde y el cura. María le enseña la botella a Charlie.

María – ¿Una copita de espumoso?

Charlie indica que tampoco quiere.

Charlie – Gracias, de verdad. Además, aún no son ni las doce…

María – La dejaré enfriando, entonces. Para una gran ocasión…

Manolo mira hacia la puerta del bar, visiblemente sorprendido.

Manolo – Quizá esa ocasión ya haya llegado…

Entran Wendy y Laura. Su aspecto de urbanitas modernas contrasta con el de los habitantes del pueblo. Wendy, una estrella deprimida, se oculta tras unas gafas oscuras. Laura viste con elegancia, aunque de un modo más sobrio y menos femenino. Se mostrará tan optimista y entusiasta como Wendy es pesimista, incluso suicida. Wendy observa el local.

Wendy – Parece que hemos aterrizado en un episodio de La dimensión desconocida…

Laura – ¿Quieres sentarte cinco minutos?

Wendy no contesta y se deja caer en una silla.

Laura – Buenos días, señores… Señora… Disculpen que interrumpa su tertulia, pero ¿puedo hacerles una pregunta?

María – Sí…

Laura – ¿Dónde estamos exactamente?

Silencio.

Manolo – ¿Exactamente? Pues, señora mía, están ustedes exactamente en Villaburros de la Iglesia.

Laura – Ah, sí, ya…

Charlie – En medio de ninguna parte.

Laura mira la pantalla de su móvil.

Laura – Pues no aparece en mi GPS…

María – Es un rincón tranquilo…

Laura – Ya veo… Creía que estábamos en… Me parece que nos hemos perdido un poco…

Charlie – Aquí es bastante raro que llegue alguien por voluntad propia, ¿sabe?

Laura mira alrededor, algo espantada, sobre todo a Juan Carlos, que sigue lanzando dardos con escasa puntería.

Manolo – ¿Les pongo algo?

Laura – Eh… Sí, ¿por qué no? Wendy, ¿te apetece beber algo? *(Wendy no contesta.)* Dos refrescos de cola light, sin hielo, por favor.

María – Perfecto. Todavía no he vuelto a enchufar el congelador, con el frío que hace…

Manolo – Esta primavera viene con retraso.

Charlie – El año pasado llegó hacia el quince de agosto, y de ahí pasamos directamente al otoño.

María les sirve dos refrescos.

Manolo *(esforzándose por ser amable)* – ¿Están de vacaciones por la zona?

Laura – Sí… Bueno… Más bien estamos haciendo un pequeño paréntesis. *(En voz baja.)* Mi amiga ha sufrido un… pequeño agotamiento. Necesitábamos desconectar.

Charlie – Entonces, han acertado con el sitio…

María – Villaburros de la Iglesia es perfecto para descansar…

Charlie – Aquí no abundan las tentaciones…

Laura – Sí… Tiene su encanto, ¿verdad, Wendy?

Wendy – Mmm… Es un buen sitio para terminar nuestros días…

María – Sí, tenemos muchos jubilados.

Wendy – Quería decir para quitarnos la vida…

Se produce un silencio incómodo.

María – ¿Han pensado en mudarse al campo?

Laura – No hemos tenido tiempo de pensarlo, pero… ¿por qué no? Se respira cierta paz… Como en una iglesia.

Wendy – Sí. O en un cementerio.

Manolo – Solo tenemos una iglesia, pero la han restaurado por completo. Parece construida ayer.

Laura – La vida en Madrid es agotadora. A veces pienso que estaríamos mejor en un pueblo pequeño, lejos de todo…

Wendy – Desde luego, esto está lejos de todo… Ni siquiera sabemos dónde estamos.

Wendy se traga varias pastillas con un sorbo de refresco.

Laura – Ya oíste al médico: una pastilla cada vez, como máximo.

Wendy – Tienes razón… Creo que voy a vomitar.

Charlie – A mí me pasó lo mismo cuando llegué aquí por primera vez. Luego uno se acostumbra.

María, preocupada por las baldosas, le indica dónde están los servicios.

María – Por aquí, por favor.

Wendy sale. Laura parece algo incómoda.

Laura – Será el cambio de aire…

Manolo – Aquí respiramos mejor que en Madrid.

Laura – Sí, nuestros pulmones están acostumbrados al monóxido de carbono. Necesitan adaptarse…

Estornuda.

Charlie – O serán los pesticidas que fumigan sobre los patatales. Si uno no está acostumbrado…

Laura – ¿Pesticidas?

Charlie – Si tienen ocasión de verlo, es espectacular. Una de las pocas atracciones de la comarca. Cuando llegan los helicópteros y rocían los patatales con sus productos, con la música a todo volumen, parece una escena de Apocalypse Now.

Laura – ¿Y eso no es perjudicial?

Charlie – Dicen que no. Pero me pregunto si no tendrá algo que ver con el caso de Juan Carlos. Además de la endogamia, claro.

Manolo lo fulmina con la mirada. Se oye a Wendy vomitar ruidosamente en la habitación contigua. Todos se quedan incómodos.

Manolo – Y usted, ¿a qué se dedica en Madrid, si se puede saber?

Laura – Soy periodista.

Manolo – ¿Periodista? ¡Vaya!

María – ¿Va a hacer un reportaje sobre la comarca?

Laura – Estamos de vacaciones. Pero nunca se sabe. Si encuentro un tema interesante… En realidad, estoy pensando en escribir un libro.

Manolo – Ah, un libro. Eso está muy bien.

María – Nuestro alcalde también escribe libros.

Laura – ¡No me diga!

Manolo – Bueno, libros de historia, sobre todo.

María – ¿Y su señora? Perdón, su amiga… ¿También es periodista?

Laura – No exactamente. Produce programas de televisión. *(Confidencialmente.)* ¿Han oído hablar de WC Producciones? Es su empresa.

María – ¿WC?

Laura – ¿No conocen a Wendy Crawford? Son sus iniciales.

Manolo – ¿Trabaja en televisión?

Laura – ¿Conocen, por lo menos, un concurso de talentos de los que ponen por televisión?

María – ¿Un concurso de talentos? ¡Pues claro!

Laura – ¡Lo produce ella!

Juan Carlos – ¿Concurso de talentos?

Todos se vuelven hacia Juan Carlos, cuya presencia habían olvidado. Pero él no añade nada.

Laura – Llevan años emitiéndolo. Es mucha presión. Wendy ha sufrido un agotamiento laboral.

María – ¿Un agotamiento laboral? ¿Eso qué es, una quemadura de tercer grado?

Manolo – ¿Un accidente con la barbacoa?

Charlie – Cuando todavía existía el certificado escolar, a eso lo llamábamos depresión nerviosa.

Laura – En realidad, la cadena ha decidido cancelar el programa. Si no quiere cerrar la productora, Wendy tendrá que ofrecerles algo más moderno. Y su último programa no funcionó demasiado bien.

Manolo – Ah, vaya…

Laura – Por no hablar del accidente del submarino en el mar Báltico… Supongo que se habrán enterado.

Manolo – Sí, yo… Algo me suena…

Laura – Era un nuevo formato. Metimos en un submarino amarillo a varias celebridades de los años setenta, todas claustrofóbicas, para que afrontaran y superaran sus miedos.

María – Creo que leí algo en la peluquería.

Laura – Por desgracia, el piloto del submarino era un antiguo piloto de aviación, un poco depresivo. Y fue él quien no consiguió volver a la superficie…

María – Qué horror… Aunque, claro, el destino es el destino…

Charlie *(solemne)* – La grandeza del ser humano libre consiste en aceptar su destino sin creer que sea fatal.

Laura – ¿Es usted profesor de filosofía?

Charlie – Maestro de primaria… Aunque estoy en excedencia.

Laura – En resumen, WC está en la mierda. Así que decidí llevármela al campo una temporada, a ver si evitamos que reviente una tubería…

Se oye otro vómito.

Charlie – Espero que tire de la cadena, por lo menos.

Laura – Quizá, si se aleja de Madrid, se le ocurra un nuevo programa. Pero ahora mismo querría dejarlo todo y empezar de cero.

Manolo – Lo entiendo. Nosotros también querríamos empezar de cero.

Charlie – Solo que llevamos tanto tiempo en el cero que ya nos conformaríamos con salir de aquí.

Laura – Tengo un proyecto para escribir una biografía novelada.

Manolo – ¿Una qué?

Laura – Sobre WC. Su vida. La vida de una productora de televisión es apasionante, ¿sabe? Si encontráramos un sitio tranquilo donde instalarnos unos meses, lejos del bullicio de Madrid…

María – Aquí tendrán tranquilidad. No hay cobertura ni internet: somos una zona en blanco.

Charlie – A veces me pregunto si no será un agujero negro.

Laura – O hasta podríamos comprar una casa en el campo y echar raíces.

María – Aquí uno echa raíces enseguida… Y después no hay manera de marcharse.

Juan Carlos – ¿Quieren que les enseñe cómo me escondo en una nevera?

María *(reprochándole)* – Juan Carlos, deja en paz a las clientas…

Se produce un silencio.

Laura – Este sitio es especialísimo. Nunca he visto nada tan…

Manolo – Auténtico.

Laura – No era la palabra que buscaba, pero…

Manolo – ¿Por qué no se quedan unos días en el pueblo? O incluso más tiempo.

Laura – ¿También alquilan habitaciones?

Manolo – Siempre podemos arreglarlo…

María y Charlie lo miran sorprendidos. Regresa Wendy.

Laura – ¿Has oído, Wendy? Nos ofrecen alquilar una habitación aquí, en el Bar Manolo. ¿Qué te parece?

Wendy – Me entran ganas de volver a vomitar.

María – Quién sabe, quizá un día acaben comprando el bar…

Laura – ¿Está en venta? Wendy, ¿lo oyes? ¡Sería de lo más pintoresco!

Wendy – Por lo menos los clientes no nos molestarían…

Manolo – Ahora hay poca gente, pero pronto empezarán a llegar los turistas…

María – Ya se acerca la temporada alta.

Laura *(sorprendida)* – ¿En marzo? ¿A qué se debe?

Manolo *(sin saber qué contestar)* – Bueno… En primavera…

Charlie – Florecen los patatales. Es muy romántico, ya verán.

Laura – ¿Las patatas? ¡Qué curioso! ¿Lo has oído, Wendy?

Wendy – Ni sabía que las patatas daban flores. Pero, si quieres un ramo para tu cumpleaños…

Charlie – Incluso podrían hacer un perfume. Patata de Givenchy. Sería original, hay que reconocerlo.

Laura – Uno piensa en los tulipanes de Holanda, pero las patatas…

Charlie – En Villaburros de la Iglesia.

Laura – Entonces la temporada durará muy poco, ¿no?

María – Depende de la variedad de patata.

Manolo – En realidad, florecen un poco durante todo el año.

Charlie – Sobre todo las transgénicas, especialidad de Villaburros.

María – No puede decirse que tengamos temporada baja.

Se acerca Juan Carlos.

Juan Carlos – También quepo dentro de un cubo de basura, ¿quieren verlo?

María – Vamos, Juan Carlos, estás molestando a la señora. ¿Por qué no practicas fuera? Acabo de sacar el contenedor.

Manolo echa a Juan Carlos a la calle.

María – Discúlpenlo. Es un poco corto.

Manolo – Es una buena oportunidad de negocio, ¿saben?

Laura – Wendy tiene razón. Esto está un poco muerto, ¿no?

Charlie – Desde que construyeron la autovía y la variante…

María – Es la hora de la siesta.

Wendy – Pero si todavía no es mediodía. Aquí se echan la siesta temprano.

María – Si hubieran venido hace una hora, no dábamos abasto.

Manolo – También podrían usarlo como casa de campo e invitar a sus amigos de Madrid. Hay un piso estupendo arriba.

Laura – Una casa de campo en un bar auténtico. Tendría su gracia, ¿no?

Wendy – ¿Tienen algo fuerte?

María – ¿Quieren probar una especialidad local?

Manolo – Aquí preparamos aguardiente de patata.

Charlie – La primera vez es una experiencia irrepetible, créanme.

Manolo – Como el amor.

Charlie – Y como el amor, a veces te deja ciego…

Wendy – Voy a probarlo.

Manolo le sirve.

Laura – Con esas pastillas no deberías…

Wendy – De algo hay que morir.

Manolo – ¿Qué les parece?

Charlie – Dicen que inventó la receta un monje renegado que desvirgó a Juana la Loca en un pajar cuando pasó por nuestra encantadora localidad en 1495.

Manolo – La primera ronda invita la casa.

Se beben los vasos de un trago.

Laura – ¡Vaya! Esto sí que es fuerte.

Wendy – Se nota muchísimo la patata.

Charlie – Sí. Si no te mata en el acto, te deja lleno de energía.

Manolo – Todo natural.

Charlie – Cien por cien bio… Bioquímico, por lo menos.

María vuelve a servirles.

María – La segunda ronda corre a cargo de la oficina de turismo de Villaburros de la Iglesia.

Manolo – Con esto ya no necesitará pastillas.

Wendy – Para suicidarse, seguro que es más rápido.

Manolo – Pero es completamente legal.

Charlie – El alcalde destila este elixir en su bodega, con un alambique clandestino.

María – Y una vez al año lo bendice nuestro párroco. Un santo varón…

Vuelve Juan Carlos, atontado y cubierto de basura.

Juan Carlos – No he conseguido meterme en el contenedor, tito. Ya está lleno.

Manolo – Pero qué tonto eres, hijo…

Wendy – ¿No querrá probar él también un poco de esta poción mágica?

María – Ni hablar. Este cayó dentro del caldero cuando era pequeño.

Manolo – Anda, sal a jugar. ¿No ves que estamos hablando?

Juan Carlos *(decepcionado)* – Me da igual. Algún día me iré a Madrid…

Ante el asombro general, Juan Carlos, decepcionado, entona una estrofa de la célebre canción «Je m'voyais déjà», de Charles Aznavour, al tiempo que ensaya unos pasos de baile de revista:

Solo con sentir el escenario bajo mis pies,

y ver ante mí al público sentado, el corazón se me desboca…

Nadie me ayudó, nunca tuve suerte,

pero en el fondo estoy seguro de que tengo talento…

Juan Carlos se marcha. Los demás no hacen comentarios, quizá porque creen estar alucinando a causa del aguardiente de patata.

María – Es una región preciosa, ¿saben?

Manolo *(dirigiendo una mirada significativa a Laura)* – No revela sus encantos a la primera, como una mujer hermosa.

María – Y llevar un bar es un oficio bonito. El contacto con la clientela y todo eso.

Manolo *(a Wendy)* – Le vendría bien para animarse, en lugar de quedarse encerrada dándole vueltas a sus penas.

Laura – Es una locura, pero podría tener gracia, ¿no? Tú que querías cambiar de vida…

Wendy – Sí, pero si voy a cambiar de vida, preferiría que fuera para tener una vida mejor…

Todos empiezan a estar bastante borrachos.

María – Vamos, les enseño la vivienda de arriba. Ya verán, es muy coqueta.

Charlie – Y práctica. Sin desplazamientos. Bajas la escalera y ya estás en el trabajo. Nada de trenes de cercanías.

María acompaña a Laura y Wendy hacia la escalera del piso superior.

María – Después de ustedes, por favor.

Manolo – Cuidado, la escalera es empinada.

Wendy *(tambaleándose)* – Creo que yo también estoy un poco empinada.

Salen.

Manolo – A estas nos las manda Dios…

Charlie – Parece un milagro.

Manolo – Y creo que no son insensibles a la magia del lugar.

Charlie – O a los efectos del aguardiente. A mí una vez también me dio alucinaciones.

Manolo – Tenemos que conseguir que pasen la noche aquí.

Charlie – Bueno, te dejo. Voy a cambiarme…

Manolo – Haces bien, conviene causar buena impresión.

Sale Charlie. Regresan Honorato y Feliciano.

Honorato – ¿Quiénes son esas dos encantadoras señoritas que he visto entrar en tu establecimiento?

Feliciano – ¿Y qué has hecho con ellas?

Manolo – Son de Madrid. María les está enseñando el piso de arriba.

Honorato – ¿De Madrid?

Manolo – ¡Una es periodista y la otra trabaja en televisión! ¿Os dais cuenta?

Feliciano – ¿Y qué están haciendo arriba?

Manolo – Si se instalaran aquí, podrían convertir Villaburros en un destino para gente de ciudad, como han hecho los famosos con tantos pueblos de moda. ¡La capital de los modernos!

Honorato – ¿Tú crees?

Manolo – De momento estoy intentando colocarles el bar.

Feliciano – Eso no va a ser fácil…

Honorato – ¿De verdad crees que querrán vivir aquí?

Manolo – La de la telerrealidad parece estar fatal de la cabeza, deprimida y todo. Y la otra está igual, pero al revés.

Feliciano – ¿Cómo que igual, pero al revés?

Manolo – Que está igual de ida, solo que le parece todo maravilloso. ¡Hasta Villaburros! ¿Os imagináis?

Feliciano – ¿Pero cómo han acabado aquí?

Manolo – Os digo que Dios las ha mandado. ¡Casi he recuperado la fe! Buscan un sitio tranquilo para recuperarse y escribir sus memorias.

Honorato – ¿Tranquilo? Desde luego no podían haber acertado más. Entonces tú crees que…

En ese momento entra en el bar una persona enmascarada, vestida de Zorro y armada con una pistola. Poco después sabremos que es Juan Carlos.

Juan Carlos – ¡Manos arriba! ¡Esto es un atraco!

Manolo – Joder, lo que nos faltaba…

Honorato – ¡Un atraco! Ahora…

Feliciano – Vaya mañanita llevamos en Villaburros…

Honorato – Y tú les has dicho que esto era un rincón tranquilo.

Manolo – ¿Qué hace este payaso? Va a echarlo todo a perder.

Juan Carlos – ¡La pasta! ¡Rápido!

Manolo – Ahora mismo, muchacho, no te alteres…

Manolo se agacha detrás de la barra, saca una escopeta y apunta a la persona enmascarada, que le encañona con su revólver.

Feliciano – ¡Ah! ¡Duelo!

Juan Carlos – ¡Eh, no te pases! La mía es de juguete.

Manolo – ¡Ya lo sé, imbécil! Te la regalé yo por tu primera comunión. Con el disfraz de Zorro y el reloj de buceo.

El atracador se quita el antifaz de Zorro. Es Juan Carlos. Manolo guarda la escopeta.

Honorato – ¡Pero qué idiota!

Manolo – Las dos madrileñas van a bajar enseguida. ¿Qué hacemos con este imbécil?

Juan Carlos – Solo quería dinero para coger un tren e ir al casting de Madrid.

Feliciano – ¿Al casting?

Juan Carlos – Al concurso de talentos.

Feliciano – ¿No habría que llamar a la Guardia Civil?

Honorato – O a un psiquiátrico…

Manolo – No hay tiempo. Y no vamos a asustar a esas señoras haciendo venir a la policía.

Manolo señala el congelador a Juan Carlos.

Manolo – ¡Métete ahí!

Juan Carlos – ¿Ahí dentro?

Manolo – ¿No eres contorsionista?

Juan Carlos – Sí, pero…

Manolo – Seguro que a la señora de la tele le impresiona verte escondido en un congelador.

Juan Carlos – ¿Tú crees?

Manolo – ¿Quieres participar en el programa o no?

Juan Carlos – Vale…

Feliciano – Al menos es obediente…

Honorato – Ya no me extraña que sus padres consiguieran meterlo en un contenedor amarillo…

Juan Carlos entra en el congelador.

Manolo – Tranquilos, está desenchufado. Guardamos los polos en verano, pero aún no es temporada.

María baja con Laura y Wendy. Manolo se apresura a cerrar la tapa del congelador.

Manolo – Señoras, les presento a nuestro alcalde, que ha querido darles personalmente la bienvenida a nuestra encantadora localidad.

Laura – Es un honor conocerlo, señor alcalde.

Honorato – ¡Qué coincidencia! Precisamente yo me llamo Honorato.

Laura – Ah, ya…

Manolo – Y este es nuestro párroco, que…

Feliciano – Hermana mía…

Manolo – …pasaba por aquí. Bueno, ¿qué les ha parecido el nidito de amor?

Laura – Pues es…

Wendy – ¿Cómo lo llamaban?

María – Coqueto.

Laura – Eso, muy coqueto. ¿Verdad, Wendy?

Wendy – Sí, esa es… exactamente la palabra.

Se produce un silencio.

Manolo – Claro, es muy diferente de Madrid.

Laura – Por otra parte, ya que buscas un nuevo formato de telerrealidad… Unos días aquí te vendrían bien para reconectar con la España profunda.

Wendy – Desde luego… Para ir más profundo, necesitas una pala. Para cavarte tu propia tumba.

María – Habría que hacer alguna reformita, claro, pero…

Laura – Podemos pensarlo, Wendy, ¿no?

Wendy – Sí, vamos a pensarlo. Mientras tanto necesitamos un sitio donde dormir. Estoy que me caigo de sueño.

Laura – ¿Hay algún hotel cerca? Porque aquí, la verdad…

Wendy – Como decían, faltan reformas. Un cuarto de baño, por ejemplo.

Honorato – Por desgracia, de momento solo tenemos casa consistorial… y algunos alojamientos rurales. Pero yo estaría encantado de…

Feliciano – Para una o dos noches, les ofrezco hospitalidad en la casa parroquial.

Laura – ¿La casa parroquial? ¿Qué es eso?

Feliciano – Soy el humilde pastor de este rebaño de pobres pecadores.

Laura – ¿Un pastor que cuida de pescadores?

Wendy – El señor intenta explicarte que es sacerdote.

Laura – ¡Cura, claro! Nos lo había dicho antes… Pero como no lleva puesta la…

Feliciano – El hábito no hace al monje…

Laura – Qué galante por su parte… Quiero decir… ¡Dormir en una casa parroquial! ¿No es estupendo?

Wendy – Sí. Sin duda, pasar una noche en una casa parroquial es algo que toda mujer debería hacer al menos una vez en la vida…

Feliciano – Es lo más natural. Pura caridad cristiana.

Laura – Además, ¿qué peligro puede haber en casa de un cura?

Manolo – Eso… ustedes verán.

Honorato – Estupendo, pues ya está arreglado. No se arrepentirán.

Feliciano – Si tienen la bondad de seguirme…

Laura y Wendy siguen a Feliciano. Cuando los tres se disponen a salir, se cruzan con Charlie, que vuelve vestido de mujer. Laura no lo reconoce. Wendy lo mira con desconfianza.

Laura – Señora…

Charlie *(a Wendy)* – Veo que el aire de por aquí ya le ha sentado bien.

Wendy *(a Laura)* – ¿Estás segura de que no nos llevan al motel de Psicosis?

Salen.

Manolo – ¡Una periodista y una productora de televisión! ¡Es increíble!

Honorato – ¿De verdad crees que esas dos urbanitas comprarán un bar arruinado en Villaburros?

María – Hay famosos que compran bares para convertirlos en comedores de la farándula.

Honorato – Y están los que se van al campo para recuperar sus raíces rurales…

María – Jean Reno hace su propio aceite de oliva. Y Brad Pitt, su vino.

Charlie – Curiosamente, no conocemos a ningún famoso que cultive patatas transgénicas.

María – Sería una primicia.

Manolo – Vale, tenéis razón. No van a comprar este barucho. ¡Pero trabajan en prensa y televisión! Podrían hablar de nosotros y darnos a conocer.

Honorato – No veo qué puede interesarles de este sitio…

María – Algo se nos ocurrirá. Hay muchos pueblos sin ningún atractivo especial que son famosos por una cosa u otra.

Honorato – ¿Ah, sí?

Manolo – ¡Mira, Belén o Covadonga, por ejemplo!

Honorato – En Covadonga tenían a don Pelayo…

María – Y en Belén, a Jesucristo.

Charlie – Aquí solo tenemos a Juan Carlos.

Manolo – ¡Lo importante es conseguir que se hable de nosotros! Así vendría alguien.

María – Al menos sabrían situarnos en el mapa.

Charlie – ¡Y ya no podrían anexionarnos al pueblo vecino!

Honorato – Conservaríamos al alcalde, al maestro y al cura…

María – ¡Y nosotros ganaríamos algunos clientes!

Manolo – Lo primero es dar con una idea para que esas dos se queden aquí.

María – Aunque sea por un tiempo…

Charlie – Hasta convencerlas de que el lugar más animado no es el cementerio el día de Todos los Santos…

Honorato – Sí… Tendríamos que atraer gente y crear ambiente… Pero ¿cómo?

Se quedan pensando.

Manolo – ¿Una hora feliz?

Charlie – Si no hay clientes en veinte kilómetros a la redonda… ¿Quién va a recorrer cuarenta kilómetros de ida y vuelta para tomarse gratis una segunda copa de aguardiente de patata?

Honorato – Suponiendo que sobreviva a la primera…

María – Bueno, os dejo pensar. Voy a comprar. Si viene gente, habrá que reponer existencias. Y las tiendas no están precisamente cerca…

María se marcha. Regresa Feliciano.

Honorato – ¿Y bien?

Feliciano – Las he dejado en el jacuzzi…

Manolo – Creía que era un estanque ornamental.

Feliciano – En cualquier caso, parecen encantadas.

Honorato – De ahí a que decidan instalarse aquí hay un trecho.

Manolo – Ya tenemos a los medios. Ahora solo necesitamos algo que los haga hablar de Villaburros.

Feliciano – ¿Y si organizáramos una fiesta parroquial?

Manolo – ¡Venga ya! ¿Por qué no una procesión?

Charlie – Lo que necesitamos es un suceso bien jugoso.

Honorato – ¡Eso! Si los periódicos hablaran de nosotros, vendría gente.

Charlie – Desde que la sepultaron las cenizas de un volcán, Pompeya es un destino turístico imprescindible. ¡Casi un lugar de peregrinación!

Manolo – Sí, pero aquí no hay muchas posibilidades de que entre en erupción un volcán.

Charlie – Ni de que se estrelle un avión. Ni siquiera pasan aviones sobre Villaburros.

Feliciano – Excepto los que fumigan los patatales.

Charlie – Y no hay piloto de línea lo bastante deprimido como para estrellarse aquí voluntariamente.

Honorato – Hay que ser realistas: nosotros somos más de película de bajo presupuesto. Necesitamos algo más modesto, pero extraordinario.

Feliciano – Un accidente…

Manolo – O un crimen espantoso…

Feliciano – ¡No vamos a matar a alguien y descuartizarlo solo para atraer turistas!

Honorato – Acabamos de sufrir un intento de atraco. Quizá podríamos aprovechar eso.

Charlie – Un idiota con una pistola de plástico y un antifaz de Zorro… Me temo que no dará para la portada de la prensa nacional.

Se oyen golpes.

Manolo – ¡Mierda, nos hemos dejado a Juan Carlos en el congelador!

Manolo abre el congelador y ayuda a Juan Carlos a salir.

Juan Carlos – ¿Qué tal lo he hecho?

Manolo – Muy bien, fenomenal…

Charlie – Menos mal que no estaba enchufado.

Honorato – Sí…

Manolo – ¡Por Dios, se me ocurre una idea!

Feliciano – Me estás asustando…

Manolo – ¿Estáis pensando lo mismo que yo?

Charlie – La verdad es que encontrar un cadáver en un congelador…

Honorato – Un congelador, sí. Y entra dentro de nuestro presupuesto.

Feliciano – ¿Un cadáver en el congelador de un bar de pueblo para atraer turistas? ¿Creéis que eso se vende?

Charlie – Solo hay que inventarle una buena historia.

Manolo – Ya veo los titulares…

Honorato – ¡Trágico accidente en Villaburros de la Iglesia! ¡Un admirador de un concurso televisivo de talentos muere congelado mientras se entrena para el casting!

Manolo – ¡Eso les encantaría a nuestras amigas de la televisión!

Todas las miradas se dirigen a Juan Carlos.

Juan Carlos – ¿Qué? ¿Qué me pasa?

Feliciano – ¡Pero qué estáis pensando! No vamos a sacrificar a este pobre inocente para dar publicidad al pueblo.

Manolo – No estaría muerto de verdad. Bueno, no del todo.

Feliciano – ¿Cómo que no del todo?

Manolo – Juan Carlos, ¿te gustaría ser famoso?

Juan Carlos – ¿Famoso, tito? ¿Salir en la tele y todo eso?

Manolo – Sí… Puede que hasta salgas en la prensa nacional.

Juan Carlos – ¿Y qué tengo que hacer?

Honorato – Casi nada…

Charlie – Hacerte el muerto.

Juan Carlos – ¡No, que yo quiero ser famoso en vida!

Manolo – ¿Qué prefieres, eso o que llamemos a la policía? Un atraco a mano armada, ¿sabes cuántos años pueden caerte?

Juan Carlos – No. ¿Cuántos?

Manolo – No lo sé, pero eso da igual.

Honorato – Además, no estarás muerto de verdad.

Manolo – No pondremos el congelador al máximo.

Juan Carlos vacila.

Juan Carlos – ¿Y me darás algo de dinero para comprar el billete de tren a Madrid?

Manolo – Te lo prometo. ¿Confías en tu padrino o no?

Juan Carlos – Vale… Pero no lo he entendido. ¿Cuánto tiempo estaré muerto?

Honorato – Al principio estarás muerto.

Manolo – Pero después, no.

Juan Carlos – Como Jesús, ¿verdad, padre?

Feliciano – Sí… Como Jesús…

Charlie – Ya verás, todo saldrá bien.

Honorato – Y al final resucitarás, como Jesús.

Charlie – Lo grabaremos y lo subiremos a internet. Será la bomba.

Feliciano – Te harás viral, hermano. ¡Todo el mundo hablará de ti!

Manolo – Juan Carlos, ha llegado el momento de demostrarnos tu increíble talento.

Juan Carlos – Bueno, vale…

Juan Carlos vuelve a meterse en el congelador. Charlie lo filma con el móvil. Manolo enchufa el congelador.

Feliciano – ¿Vais a enchufarlo de verdad?

Manolo – No te preocupes, lo pondremos al mínimo. Solo estará en una ligera hipotermia, para que parezca más auténtico.

Honorato – Un poco congelado ya está, de por sí…

Manolo – Lo pondré al dos.

Feliciano – ¿Y si muere de verdad? ¿Lo habéis pensado? Te acusarán de asesinato, Manolo. Al fin y al cabo, el congelador es tuyo.

Honorato – ¡No va a morirse! Como mucho, pillará un resfriado de campeonato.

Charlie – O se le congelarán uno o dos dedos. Como los alpinistas del Himalaya. Para ser un héroe hay que saber sacrificarse.

Feliciano – Sí, pero en este caso la hazaña consiste en quedarse encerrado en un congelador…

Charlie – Total, para lo que hace con los dedos… Aunque le cortaran dos o tres, aún le quedarían suficientes para metérselos en la nariz.

Manolo – Será solo el tiempo necesario para crear revuelo y conseguir que los medios hablen del pueblo.

Charlie – Pero la policía se dará cuenta de que no está muerto.

Manolo – Sí, quizá sea el punto débil de nuestro plan.

Honorato – ¿La policía? Tú los conoces. Con dos copas encima confundirían a tu mujer con una miss.

Manolo dirige una mirada amenazadora a Honorato.

Manolo – No sé cómo tomarme eso…

Charlie – Quiere decir que, sobrios, la confundirían con Miss Universo.

Manolo – Pondremos cubitos de hielo encima, para que resulte creíble…

Juan Carlos asoma la cabeza del congelador.

Juan Carlos – ¿Tengo bien el pelo?

Manolo – Sí, hombre, no te preocupes.

Juan Carlos – ¿Y la camiseta?

Charlie sigue grabando.

Manolo – Venga, métete en tu caja. María está al caer.

Juan Carlos – Aquí hace un poco de frío.

Manolo – ¡Es un congelador, idiota!

Juan Carlos – Y hay muy poca luz…

Feliciano – Siempre me he preguntado si la luz de la nevera se apaga de verdad cuando se cierra la puerta.

Charlie – Más le valdría preguntarse si hay vida después de la muerte.

Honorato – En todo caso, tendremos un testigo ocular… Si conseguimos descongelarlo.

Manolo – Y, si no, la periodista podrá escribir un artículo sobre ello.

Charlie – Ya oigo al presentador del informativo del mediodía: «¿Siempre se ha preguntado si se apaga de verdad la luz al cerrar la puerta del congelador? Un valeroso habitante de Villaburros de la Iglesia se ha prestado a un insólito experimento para responder de una vez por todas a tan angustiosa pregunta…»

Juan Carlos – ¿El informativo? Vale, allá voy…

Juan Carlos vuelve a entrar. Manolo vacía la cubitera sobre él.

Feliciano – ¿Cuánto tiempo pensáis dejarlo ahí?

Honorato – Una noche bastará.

Manolo – No diremos nada a María. Lo encontrará mañana y así parecerá más auténtico. Es una actriz pésima…

Honorato – Tranquilo, Feliciano. Si pasa algo, ya has visto que puede salir solo.

Manolo – Será mejor que os vayáis antes de que vuelva María. Tampoco estoy seguro de que vosotros sepáis actuar…

Se marchan todos. María regresa con la compra y empieza a guardarla.

María – Primero guardaré los polos, antes de que se derritan… *(Los mete en el congelador sin ver a Juan Carlos.)* Tendré que enchufarlo… Ah, Manolo ya lo ha hecho. Pero lo ha puesto demasiado bajo. Voy a subirlo al diez… *(Cierra la tapa y deja encima un saco de patatas que acaba de traer.)* Bueno, mañana haré las patatas fritas. Estoy rendida…

Va a marcharse, pero dirige una última mirada al congelador.

María – Qué curioso. Siempre me he preguntado si la luz del congelador se apaga de verdad cuando cierras la puerta… En fin…

Apaga la luz y se marcha. Se oyen golpes dentro del congelador.

Oscuro.

Transcurre la noche. Puede hacerse un descanso.

Acto II

Luz. María entra bostezando y pone en marcha el bar como cada mañana. Retira el saco de patatas que está sobre el congelador y empieza a pelar algunas para preparar patatas fritas.

María – Patatas, patatas, patatas…

Entra Manolo.

Manolo – Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

Ella lo mira perpleja.

María – ¿Te pasa algo? ¿Estás enfermo?

Manolo – No, no, estoy estupendamente. ¿Qué haces?

María – Ya lo ves, pelo patatas.

Manolo – Ah, muy bien…

María – Voy a congelar unas cuantas patatas fritas. Tendremos para todo el verano.

Manolo – ¿Quieres que te ayude a pelarlas?

María lo mira de nuevo con recelo.

Manolo – Así podrás prepararles el desayuno a las madrileñas…

Manolo se pone a pelar patatas. María lo observa atónita.

María – ¿Seguro que estás bien?

Manolo – Sí, ¿por qué?

María – Porque nunca te había visto pelar patatas.

Manolo *(mirando a la puerta)* – Mira, precisamente ahí llegan…

María – ¿Desayuno? ¿Y por qué no un brunch?

Entran Laura y Wendy.

Manolo – ¡Buenos días, señoras! ¿Qué tal han dormido?

Laura – ¡Como troncos!

Wendy no contesta, y la noche no parece haberle sentado muy bien.

Manolo – Ya les dije que aquí acabarían echando raíces.

Wendy – De momento, tomaré un té con limón.

Laura – Para mí lo mismo.

María – Marchando…

María prepara el té.

Laura – ¿Tienen cruasanes?

María – No, pero puedo hacerles patatas fritas. Recién hechas…

Wendy – No, gracias.

María – Dos tés con limón. Pero les aviso: no tenemos limón.

Laura – Con que el agua esté caliente, nos sirve.

Manolo – No se preocupen, aquí siempre la hervimos. Es más prudente.

María – Mientras se calienta el agua voy a comprobar si el congelador está suficientemente frío para meter las patatas…

Manolo sonríe como un idiota.

Manolo – Siéntense, por favor. No tardaremos…

Las dos madrileñas se sientan a una mesa.

Wendy *(en voz baja a Laura)* – Tienes razón, será mejor que no nos quedemos. Es pintoresco, sí, pero todos parecen un poco degenerados…

Laura – Es verdad que cuando el cura se metió anoche con nosotras en el jacuzzi fue algo raro…

Wendy – Si al menos hubiera llevado bañador…

Manolo sigue pelando patatas.

Manolo – Me da que hoy va a ser un buen día.

Ellas sonríen educadamente.

Wendy – Mira a ese, con su cuchillo enorme cortando esas patatas transgénero…

Laura – Transgénicas, querrás decir.

Wendy – Me pregunto a cuántos clientes de paso habrá degollado con él. ¿Cómo se llamaba este bar? ¿La posada sangrienta?

Laura *(riendo nerviosa)* – Calla, que vas a acabar asustándome…

Wendy – ¿Dónde esconderán los cadáveres?

Laura – En el sótano, quizá…

Wendy – O en el congelador.

Ambas contienen una risa nerviosa.

Laura – Bueno, nos tomamos el té y nos vamos.

Laura da un respingo al oír el grito de María cuando abre el congelador.

María – ¡Dios mío! ¿Qué espanto es este?

Manolo *(fingiendo sorpresa)* – ¿Qué pasa?

María – ¡Hay un muerto en el congelador!

Manolo – ¿Qué?

Laura mira aterrada a Wendy.

Manolo *(fingiendo muy mal)* – ¿Un muerto? ¿Quién es?

María – No sé… ¡No me he atrevido a mirar! Solo he visto dos ojos clavados en mí, entre los cubitos de hielo.

Entra Charlie.

Charlie – ¿Qué ocurre?

Manolo – ¡María ha encontrado un cadáver en el congelador!

Charlie – ¡No puede ser! ¿Alguien conocido?

Manolo – Aún no lo sabemos…

Charlie graba con el móvil.

Laura – Están locos… Vámonos de aquí.

Wendy – ¡Espera! Ahora que empieza a ponerse interesante…

María – Tenemos que llamar a la policía.

Manolo – Menudo lío…

Wendy – ¿Me podrían servir el té antes?

Manolo – Enseguida. The tea must go on…

María coge el teléfono.

María – ¿Comisaría? Vengan de inmediato. Tenemos carne fría en el congelador. No, no es un bebé. ¡Por un bebé no los molestaría!

Manolo sirve el té.

Manolo – ¿Un chorrito de leche?

María – Sí, en Villaburros de la Iglesia. ¿Que dónde queda? En el kilómetro veintidós, entre Villaburros de las Dos Iglesias y Villaburros del Arroyo… Gracias, los esperamos.

Manolo – ¿Y bien?

María – Mandan inmediatamente a dos especialistas de la policía científica.

Laura – ¿Policía científica? Esto parece una serie de televisión mala…

Charlie – ¿Por qué esa expresión me suena a pleonasmo?

Wendy – CSI Villaburros de la Iglesia… Reconocerán que no suena tan bien como CSI Miami.

Laura – Por lo menos, este pueblo va a salir en el periódico comarcal.

Wendy – Como decía Andy Warhol, todo el mundo tiene derecho a sus quince minutos de fama.

Entran Honorato y Feliciano.

Honorato – Y bien, señoras, ¿todo va estupendamente?

Charlie – Hemos encontrado un cadáver en el congelador.

Feliciano – ¿Un cadáver? ¿Humano?

Charlie – Sí, no una vaca hecha hamburguesas congeladas.

María vuelve a abrir el congelador.

María – ¡Miren! ¡Hay una nota escrita en la tapa, por dentro!

Feliciano – ¿Una nota?

Manolo – ¡No me digas!

María – Es más bien un mensaje grabado en el hielo. Quizá sea una despedida…

Honorato – ¿Entonces es un suicidio?

Charlie – Que yo sepa, nadie se ha suicidado encerrándose voluntariamente en un congelador.

Honorato – En una sauna creo que sí ha pasado, pero en un congelador…

Charlie se acerca al congelador.

Charlie – O puede que haya escrito el nombre del asesino para la policía…

Honorato – ¡No!

Manolo *(a María)* – ¡Pues léelo!

María – Está lleno de faltas de ortografía…

Charlie – Qué extraño… ¿Por qué no me sorprende?

María – No entiendo bien el principio…

Feliciano – El maestro sabrá descifrar esos garabatos. Está acostumbrado.

Charlie mira dentro.

Charlie – Esta letra me resulta sospechosamente familiar…

Manolo – ¿Y?

Charlie – Esperen… Ah, ya está: «Manolo me ha matado». *(Todos lo miran horrorizados.)* ¡Que no, que es broma!

María – Vamos, maestro, ¡no es momento de bromas!

Charlie – A ver… *(Leyendo.)* «Tengo un talento increíble… pero se me están helando los mismísimos».

Todos se miran consternados.

Acto III

Se oye el rotor de un helicóptero.

Feliciano – ¿Qué es eso? ¿No es muy pronto para que fumiguen los patatales?

Entra Ramírez. Recuerda más al inspector Colombo que a un agente de élite.

Manolo – Ahí está la policía científica…

María – ¡Qué rápidos!

Charlie – Son las fuerzas especiales. Lo habrán lanzado en paracaídas…

Ramírez – Comisario Ramírez. He venido en helicóptero para ganar tiempo, pero nos ha costado encontrar su maldito pueblo. Desde el aire hemos seguido la carretera para orientarnos, pero termina en mitad de un patatal.

Honorato – Ah, es la antigua carretera nacional. Hace años la rebajaron a camino vecinal cuando construyeron la autovía.

Manolo – Aquello perjudicó mucho a los negocios de Villaburros.

Ramírez – ¿Negocios? ¿Qué negocios? Ni siquiera sabía que siguiera viviendo gente aquí.

Feliciano – Antes de la guerra había una tienda de comestibles. O eso dicen…

Honorato – Ahora vamos al hipermercado una vez al mes y lo metemos todo en el congelador.

Ramírez – Ah, hablando de congeladores… ¿Dónde está? «Where is the body?», como dicen nuestros colegas americanos…

Manolo – Por aquí. Pero antes pueden tomar un trago para reponerse, ¿no?

María – Porque lo que van a ver no es agradable…

Ramírez – No sé si… ¿Tan terrible es?

Honorato – ¡Está en el congelador! No se va a estropear.

Ramírez – Siendo así… Uno pequeño, para entrar en calor antes de empezar.

Manolo – Señoras, ¿ustedes quieren? Para sustituir el limón del té…

Wendy – ¿Por qué no?

Laura – A estas alturas…

Manolo echa un chorrito en cada taza y se aparta. Laura observa la suya.

Laura – ¿Has visto? El té se ha vuelto transparente como el agua.

Wendy – Ah, sí…

Laura – Igual es tóxico.

Wendy – O se les ha olvidado poner el té en el agua caliente.

Laura – En cualquier caso, el agua vuelve a hervir…

Intercambian una mirada preocupada.

Ramírez – Pues no está malo…

Wendy – Desde luego, se nota al bajar.

Laura – Despierta de golpe.

Ramírez – ¿Es normal que vea un poco borroso?

Charlie – No se preocupe, suele ser pasajero.

Feliciano – Se conocen algunos casos de ceguera permanente, pero son rarísimos.

Ramírez – Caramba, esto es una droga dura. Bueno, mientras sea legal…

Laura – También despeja las vías respiratorias.

Ramírez – Espero que no sea inflamable…

Charlie – Conozco a un tragafuegos que lo usaba en vez de gasolina sin plomo, porque le salía más barato.

Manolo – Con lo cara que está la gasolina…

Honorato – Yo a veces le echo un poco al todoterreno y no he notado que vaya peor.

Ramírez – Nunca he bebido gasóleo, pero supongo que tendrá un sabor parecido.

Feliciano – Después de esto, si bebiéramos desatascador nos parecería agua bendita.

Todos apuran sus vasos.

Ramírez – Bueno, ¿y el cadáver humano?

Manolo – Por aquí, comisario…

Ramírez – No soporto ver un cadáver después del desayuno. Creo que si algún día dejo la profesión, será por eso…

Manolo abre el congelador. Charlie graba.

Ramírez – ¡Vaya! Está duro como una tabla.

Honorato – ¿Cómo dice?

Ramírez – Venga a verlo.

Manolo, Honorato y Feliciano se acercan a comprobarlo.

Feliciano – Santo Dios, ¡está congelado de verdad!

Ramírez – Parece sorprendido, padre. Y eso que usted debe de estar acostumbrado a ver cadáveres…

Manolo – ¡No lo entiendo! ¡Yo lo había puesto al mínimo!

Manolo, Honorato, Feliciano y Charlie se quedan horrorizados.

María – Lo puse yo al diez anoche. Para congelar las patatas de esta mañana…

Wendy – ¿Y si fuera un caso de bebés congelados?

Laura – ¿Es un bebé?

Ramírez – No, más bien parece un hombre de unos veinte años…

Wendy – A lo mejor sobrevivió hasta esa edad comiendo lo que había en el congelador. Cuando se acabaron las provisiones, murió de hambre.

Ramírez – Es una hipótesis interesante… ¿Qué había en el congelador?

María – Nada. Llevaba todo el invierno desenchufado.

Ramírez – Ya veo… *(Se inclina sobre el congelador.)* Parece que ha intentado dibujar algo en la tapa. *(Se acerca aún más.)* ¡Vaya! Esto parece la cueva de Altamira…

Manolo – ¿Qué significa?

Ramírez – No lo sé… Parecen jeroglíficos. Voy a hacer unas fotos. Se lo enviaremos a un egiptólogo.

Honorato – ¿Para qué?

Ramírez – Para establecer el perfil de la víctima.

Charlie – Normalmente se establece el perfil del asesino…

Ramírez – ¿Va usted a enseñarme mi trabajo?

Charlie – ¡En absoluto, comisario!

Ramírez – Pediremos al laboratorio una prueba de carbono catorce. Cuando sepamos cuándo murió, podremos formular hipótesis sobre la causa de la muerte…

Manolo – ¿No estará sospechando de nosotros, comisario?

Ramírez – Es en su establecimiento donde han encontrado el cadáver.

María – ¡Pero si fuimos nosotros quienes avisamos!

Ramírez – Se sorprendería de la cantidad de asesinos que llaman a la policía después de cometer su crimen.

Honorato – Y usted, comisario, ¿cuánto tiempo cree que hace que murió?

Ramírez – Con los productos congelados es difícil saberlo. Este hombre podría estar aquí desde ayer o desde hace seis mil años. Espero que todos tengan una buena coartada entre el Jurásico y el Cretácico…

María – ¡Pero si ya les he dicho que el congelador solo está enchufado desde anoche!

Manolo – ¿Qué piensa hacer con el cadáver?

Ramírez – De momento está bien donde está. Con los congelados hay que evitar romper la cadena de frío.

María – Voy a subir un poco el termostato.

Ramírez – Mientras tanto voy a echarle un vistazo a este cuchitril…

Ramírez empieza a registrar el bar.

Ramírez *(a María)* – Así que usted, señora, es la última persona que vio con vida a la víctima.

María – Eh… No. Soy la primera que la vio muerta.

Ramírez – Eso es lo que quería decir. Usted descubrió el cadáver, así que es nuestra sospechosa número uno.

Manolo – ¡Pero comisario!

Ramírez – Usted cierre el pico. Hablará cuando se lo pidamos.

Honorato – Pero, comisario…

Ramírez – Ah, creo que he encontrado el arma del crimen.

Saca de detrás de la barra la pistola de plástico que Manolo le había quitado a Juan Carlos.

Feliciano – ¡Es de juguete! Salta a la vista.

Honorato – Además, la víctima no murió de un disparo…

Ramírez – Eso tendrá que confirmarlo la autopsia. Bien pudieron matarlo con este revólver y después guardarlo en el congelador.

Feliciano – ¡Pero si es una pistola de plástico!

Ramírez – No empiecen a liarme. *(Se queda inmóvil como si tuviera una revelación.)* Acabo de tener una intuición… Este caso es mucho más complicado de lo que parece.

Charlie – Comisario, cuidado con esas revelaciones. Quizá sea el aguardiente de patata…

Ramírez sigue registrando.

Ramírez – También tenemos esto. *(Saca la escopeta de caza.)* ¿Es suya esta escopeta?

Manolo – ¿Acaso está prohibido cazar?

Ramírez – No… Pero es sospechoso. Quien roba un huevo roba un buey; quien mata un jabalí mata a una persona. ¿Hay vivienda arriba?

Manolo – Sí.

Ramírez – Vamos a echar un vistazo arriba… *(Mira a las madrileñas.)* Este bar me huele a casa de citas… Mientras tanto, que nadie se mueva. *(A María.)* Usted, la madame, pase delante.

María – Síganme, comisario…

Ramírez señala con la barbilla a las madrileñas.

Ramírez – Luego interrogaremos a las dos prostitutas.

Laura y Wendy cruzan una mirada escandalizada. Ramírez sale con María. Manolo, Honorato y Charlie parecen muy incómodos y olvidan que las madrileñas llevan rato presenciándolo todo en silencio.

Manolo – ¡Lo que nos faltaba! Ahora tenemos un muerto encima…

Honorato – ¿Tenemos? ¡Yo no he hecho nada!

Manolo – ¿Qué? ¡Pero si todos estuvimos de acuerdo!

Charlie – La idea fue más bien tuya, Manolo…

Wendy y Laura se quedan estupefactas.

Laura – ¿Entonces lo sabían?

Wendy – ¡Son todos cómplices!

Laura – ¡Cómplices de un crimen horrible!

Los demás se vuelven hacia ellas, sorprendidos en falta.

Honorato – No, no… No es lo que creen…

Charlie – Las apariencias engañan…

Feliciano – Pueden haber interpretado mal nuestras palabras…

Honorato – Como mucho, sería un homicidio involuntario.

Manolo – Por no decir un accidente laboral.

Laura – ¿Metieron ustedes a ese hombre en el congelador, sí o no?

Charlie – Es más complicado de lo que parece…

Manolo – Era para darle un poco de ambiente al pueblo.

Honorato – Para que vieran que también aquí pasan cosas.

Charlie – Para que usted tuviera material para escribirnos un artículo.

Feliciano – En realidad, queríamos hacerles un favor.

Honorato – Por desgracia, algo salió mal.

Laura – ¡Están como cabras!

Manolo – Pero no irán a denunciarnos, ¿verdad?

Laura – Ven, Wendy, nos vamos.

Se levantan para marcharse. Ramírez regresa con María.

Ramírez – Nadie sale sin mi permiso.

Las dos madrileñas vuelven a sentarse.

Manolo – ¿Qué opina, comisario?

Ramírez – Pues sí, es muy coqueto…

Manolo – ¡No hablo de la decoración! ¡Hablo de la investigación!

Ramírez – Ah, perdón. ¿Qué opino? Francamente… *(Mira a los presentes.)* Me parece que tendré que resolver este enigma yo solo, guiándome por mi instinto. *(Advierte la tensión.)* Y mi instinto me dice que todos estos paletos tienen cara de culpables.

Honorato – ¡Oiga, comisario, eso no se lo consiento!

Ramírez – Yo diría incluso que tienen cara de asesinos.

Feliciano – ¡Señores, por favor! ¡Soy ministro del culto!

Ramírez – Un ministro del culto ocupa en la jerarquía católica un puesto equivalente al de un cabo en el ejército: un título pomposo para un miembro del bajo clero.

Honorato – Comisario, en cuanto a mí, soy la primera autoridad municipal.

Ramírez *(a los demás)* – Se acabaron las bromas. Si tienen algo que decirme, panda de catetos, este es el momento.

Manolo – Bueno…

Honorato – Verá, es que…

Charlie – No, no se me ocurre nada…

Ramírez – Yo sospecharía del cura. Tiene cara de santurrón, pero también una pinta de chulo que no puede con ella… En fin, como nadie quiere confesar, pasaremos al reconocimiento del cuerpo. A lo mejor así refrescan la memoria.

Abre la tapa del congelador.

María – Un momento, voy a sacar las patatas fritas…

Ramírez *(a Manolo)* – Ven aquí. ¿Reconoces a la víctima, sí o no?

Manolo – Con toda esa capa de hielo en la cara, ¿cómo quiere que lo sepa?

Ramírez – Tampoco vamos a esperar al deshielo… *(Repara en las madrileñas.)* Haremos otra cosa… ¿Quiénes son estas dos frescas? ¿Se dedican ustedes al proxenetismo en sus ratos libres, para llegar a fin de mes?

Manolo – Son turistas que están de paso, comisario.

Ramírez – ¿Turistas? ¡A otro con ese cuento! Los últimos turistas que pasaron por esta comarca eran franceses. Llevaban uniformes napoleónicos y se marcharon por su cuenta al cabo de una semana, de lo deprimidos que estaban. Si todos los pueblos de España fueran como este, la guerra de la Independencia habría durado bien poco…

María – Lo que sí sé es que, antes de que llegaran estas dos mujeres, esto era un pueblo tranquilo.

Charlie – Casi se podría decir que sin geografía.

Laura – ¡Será posible tener tanta cara!

Ramírez – Vosotras dos, acercaos de una vez.

Laura se acerca, seguida de Wendy. Ramírez obliga a Laura a meter la cabeza en el congelador.

Ramírez – ¿Tampoco conocen a la víctima?

Laura – ¡Qué horror!

Wendy mira también.

Wendy – Su cara me resulta vagamente conocida…

Ramírez – Debe de ser de aquí. Tiene pinta de estar un poco retrasado. Y nadie llega a un agujero así por casualidad. *(Vuelve a mirar a las madrileñas.)* ¿Turistas…?

Manolo – Se lo aseguro, comisario. Son de Madrid. Una trabaja para la prensa y la otra para la televisión.

Ramírez – Se puede ser prostituta y trabajar en televisión perfectamente. Yo diría que es un asunto de faldas. *(A Honorato.)* Era el amante de tu mujer, ¿verdad? ¿Por eso lo mataste?

Honorato – No estoy casado, comisario.

Ramírez – Lástima. Podrías alegar crimen pasional… *(A Manolo.)* ¿El cornudo eres tú, entonces?

Manolo – ¡De eso nada! Bueno, sí, pero… ¡El amante de mi mujer es el cura!

Ramírez – Ya veo… *(A las madrileñas.)* Y ustedes no vieron nada, claro. Para ser periodistas observan bastante poco.

Laura – En realidad, sí… Desde la ventana del piso de arriba creí ver a un hombre disfrazado de Zorro entrar en el bar.

Ramírez – ¿Qué demonios hacían ustedes arriba? A lo mejor la periodista se estaba acostando con el dueño…

Wendy – Su mujer nos enseñaba el piso, que está en venta.

Ramírez – Conque vieron entrar a Zorro en el Bar Manolo… *(Con ironía.)* A lo mejor es el asesino, ¿no? Voy a comprobar si ese tal don Diego de la Vega está fichado por nuestros servicios…

Laura – Me refiero a un hombre enmascarado, comisario.

Wendy – ¿Y si se tratara de un atraco que salió mal?

Laura – Siempre podrían alegar legítima defensa.

Ramírez – ¿Va usted a llevar mi investigación?

Laura – En absoluto, comisario.

Wendy – Aunque, entre nosotros, creo que avanzaría más deprisa…

Ramírez – Voy a tomar una muestra de ADN para identificar a la víctima… Y necesitaremos un análisis genético de todos los sospechosos.

Honorato – ¿Para qué, comisario?

Ramírez – ¿A usted qué le parece?

Honorato – ¿Para saber quién es el padre del bebé congelado que ha crecido dentro del congelador?

Ramírez – ¡No, para descubrir cuál de ellos es Zorro! Preséntense ante los agentes que hacen guardia ahí fuera para tomar las muestras. *(A las dos madrileñas que se disponen a seguirlos.)* Ustedes no. Tengo otras preguntas que hacerles.

Salen los demás.

Ramírez – Ahora que estamos solos, díganme qué hacen realmente aquí. Es raro que la prensa llegue antes que la policía al lugar de un crimen. Sobre todo en un sitio así.

Laura – Fue pura casualidad, comisario, se lo aseguro.

Ramírez – Ya, claro… En el lugar equivocado y en el momento equivocado. *(A Wendy.)* ¿Y usted no tiene nada más que contarme? Para ser productora de televisión, tiene poca imaginación. ¿Para qué cadena trabaja?

Wendy – Principalmente para la televisión pública…

Ramírez – Ya veo. La Uno, La Dos, el canal veinticuatro horas… Se ve que la imaginación no es un requisito para las productoras de la televisión pública.

Laura – ¿Ah, no? ¿Y qué piden, según usted?

Ramírez – ¿Sus medidas?

Wendy – Ahora es usted quien recurre a los tópicos, comisario, si me permite.

Ramírez – No me dirá que ha venido aquí a hacer un casting…

Laura – Aunque, ahora que lo dice, hay aquí toda una galería de personajes. ¿Ha visto qué caras de imbéciles?

Ramírez – Sí… La verdad es que tiene razón.

Wendy – A usted mismo, comisario, ¿le han dicho alguna vez que tiene una cara muy televisiva?

Ramírez – ¿Usted cree?

Wendy – Para el cine, quizá no, pero para televisión… Le dejaré mi tarjeta si quiere.

Ramírez observa unos instantes a las dos mujeres.

Ramírez – ¿Puedo preguntarles qué clase de relación mantienen exactamente?

Wendy – ¿Relación?

Ramírez – Bueno, ya me entienden…

Laura – ¿Qué relación tiene eso con su investigación?

Ramírez – Ninguna. Es simple curiosidad malsana.

Regresan Manolo, Honorato, Charlie y Feliciano, muy incómodos.

Ramírez – Muy bien, pueden circular, pero no abandonen el término municipal hasta nueva orden…

Wendy y Laura se apartan del grupo, pero permanecen en el bar.

Honorato – Comisario, tenemos que hablar con usted. En mi condición de alcalde…

Ramírez – Ahórrame los preámbulos.

Honorato – Estamos algo desbordados por la situación. Tras hablarlo entre nosotros, creemos que hay ciertas cosas que debería saber.

Ramírez – Vaya, vaya…

Manolo – Sabemos quién es la víctima.

Ramírez – Mira por dónde… Así que ahora se acuerdan.

Feliciano – Es Juan Carlos, su sobrino.

Honorato – Querrás decir su primo.

Manolo – En cualquier caso, mi ahijado.

Honorato – Lleva años preparándose para un concurso de talentos.

Feliciano – Es contorsionista.

Manolo – Un día lo encontramos dentro de una maleta.

Ramírez – Sí, y ahora podría protagonizar una versión de Hibernatus.

Charlie – En realidad, fue un accidente…

Ramírez – ¿Lo metieron ustedes en ese congelador, sí o no?

Manolo – Sí…

Feliciano – Bueno, no…

Manolo – Yo creía que estaba desenchufado.

Ramírez no parece convencido.

Ramírez – Si estuvieran en mi lugar y les contaran semejante historia, ¿qué pensarían? *(Regresa María.)* De momento nos los llevaremos a todos en helicóptero a comisaría. Allí podrán dar explicaciones. Quizá se suelten más después de unos cuantos golpes con la guía telefónica.

Charlie – ¿De verdad cree que cabremos todos en el helicóptero?

Honorato – Si no, pueden empezar torturando a los dueños. Al fin y al cabo, el congelador es suyo.

Feliciano – Y también el ahijado. Es un asunto de familia…

Manolo – No esperaba otra cosa de usted, padre. Por cierto, en su familia los de la Fuente y de San Telmo son curas y colaboracionistas de padres a hijos.

Feliciano – Comisario, le pido humanidad. Déjeme al menos dar a este pobre inocente una última bendición.

Ramírez – Está bien, pero rápido.

Honorato se acerca a Ramírez con aire conspirador.

Honorato – Tal vez podamos llegar a algún acuerdo y ahorrarnos complicaciones. La justicia ya está bastante saturada…

Ramírez – Esto mejora por momentos… ¿Intento de soborno a un funcionario?

Honorato – ¡En absoluto, comisario! Los dos servimos al Estado. Técnicamente, dos servidores públicos no pueden corromperse entre sí. Solo le propongo un arreglo en interés de la nación…

Ramírez – Viéndolo así… ¿Cuánto?

Honorato – Digamos…

Feliciano abre el congelador y se dispone a santiguarse.

Feliciano – ¡Dios mío!

Ramírez – ¿Y ahora qué?

Feliciano – El cadáver… ¡Ha resucitado!

Ramírez examina el cuerpo, que empieza a descongelarse.

Ramírez – Es verdad. Ha abierto un ojo…

Manolo – Parece que el hielo se ha derretido.

María – Se habrá estropeado el congelador. Menos mal que todavía no había metido todas las patatas fritas.

Ramírez – Tampoco parece muy fresco que digamos.

Charlie – Como decía antes… Cuando se rompe la cadena de frío…

Juan Carlos sale del congelador como Drácula de su ataúd.

Feliciano – ¡Señor! *(Se santigua.)* ¡Parece Jesucristo saliendo de la tumba!

Charlie – En una versión para un anuncio de congelados.

Juan Carlos – ¡Suelta la pasta, tito!

Ramírez – Eso no suena muy cristiano.

María – ¿Qué pasta?

Manolo – Luego te lo cuento, María…

Ramírez – Más bien debería contárselo a la policía.

Honorato – Perdónenos, comisario, no era más que una apuesta estúpida.

Feliciano – Queríamos colgar el vídeo en internet.

Ramírez – ¿Y él estaba de acuerdo? *(A Juan Carlos.)* ¿Quiere presentar una denuncia?

Juan Carlos – Yo lo que quiero es salir en la tele.

Charlie – Ya ve que está perfectamente, comisario.

Ramírez – Parece un poco aturdido. Podrían quedarle secuelas…

María – No, esa es su cara de siempre.

Honorato – Incluso parece más despierto de lo habitual, ¿no?

Manolo – Un traguito de aguardiente de patata terminará de descongelarlo.

María sirve varias copas.

Charlie – Yo lo uso de anticongelante en el radiador del coche. Funciona de maravilla.

Manolo le da la botella a Juan Carlos, que bebe directamente.

Ramírez – Bueno, ya no tengo nada que hacer aquí. Sin cadáver no hay crimen.

María – ¿Le sirvo otra copita, comisario?

Ramírez – Pues no le diré que no.

María le da una copa a Ramírez, que la vacía de un trago.

Ramírez – Esto resucitaría a un muerto.

Y, efectivamente, Juan Carlos vuelve a la vida. Da unos pasos vacilantes.

Feliciano – ¿Se dan cuenta? ¡Anda! ¡Es un milagro!

Charlie – ¿Un milagro? ¿Cree que se puede certificar?

Feliciano – ¿Una descongelación milagrosa? No lo sé…

Honorato – ¡Pues sí, un milagro! Quizá sea lo que necesitábamos.

Manolo – ¡Como Jesucristo! ¡Un tipo que daban por muerto y ha resucitado!

María – ¿Creen que funcionaría?

Laura – La última vez que hicieron algo parecido fue hace dos mil años y todavía se vende fenomenal.

Manolo – Esto es grande, lo presiento… ¡JC ha vuelto de entre los muertos!

Wendy – Más bien de entre las hamburguesas congeladas, pero bueno…

Honorato – Tienen razón. Es una señal del cielo. La ayuda que esperábamos del Altísimo. Convertiremos Villaburros de la Iglesia en lugar de peregrinación.

María – ¿Qué opina, padre?

Feliciano – Pero… es un milagro falso. Nosotros lo sabemos perfectamente.

Manolo – Por otra parte, los milagros auténticos no existen, ¿no?

Feliciano mira a Juan Carlos.

Feliciano – Pensándolo bien, tiene razón. Nos lo ha enviado Dios. ¿No dijo Jesús «Bienaventurados los pobres de espíritu»?

Honorato – Convertiremos a este bobo en santo. San Juan Carlos. Y nuestro pueblo será un nuevo Lourdes.

Charlie – Juan Carlos, JC. Era un nombre predestinado.

Honorato – Ya veo los titulares de una revista religiosa y de otra del corazón: «Víctima de los pesticidas y de un accidente de congelación, vuelve milagrosamente a la vida».

Feliciano – ¡Monsanto subito!

Manolo – ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Empieza una nueva era para Villaburros de la Iglesia!

Honorato – Amigos, estamos viviendo un momento histórico.

Charlie – El año uno después de JC.

Feliciano – Para los peregrinos habría que levantarle una estatua.

Charlie – ¿Juan Carlos saliendo del congelador como Jesucristo del sepulcro? Pues tendría su gracia.

Honorato – Si tuviéramos a la prensa de nuestro lado…

Manolo – ¡La prensa está aquí!

Feliciano – ¡Gracias a Dios, este pueblo va a tener una segunda vida!

Laura y Wendy contemplan el entusiasmo general, algo desconcertadas.

Laura – Es un pueblo de locos. Se han metido en un delirio sectario… Vámonos antes de que se les ocurra degollar una gallina o hacer un sacrificio humano.

Pero Wendy parece revivir también.

Wendy – ¡Estás loca! ¿Te das cuenta? ¡Tienes que escribir un reportaje sobre esto!

Laura – ¿Tú crees?

Wendy – Hazme caso. Dentro de tres días esto será la gruta de Belén. Y nosotras somos las primeras en llegar. ¡Imagínate las ventas si un periodista hubiera estado allí hace dos mil años!

Laura – Tienes razón. Es algo que solo ocurre una vez cada dos mil años. No podemos perdérnoslo.

Laura se acerca a Juan Carlos.

Laura – Hola, Juan Carlos. Ya lo llaman el mesías de Villaburros de la Iglesia. ¿Piensa fundar una nueva religión?

Juan Carlos – ¿Podré salir en la tele?

Wendy – ¡Desde luego! Si lo hacemos bien, tendrá hasta su propio programa.

Juan Carlos – ¿Como un presentador de los famosos?

Laura – ¡Quizá incluso su propio canal!

Suena el móvil de Ramírez, que contesta.

Ramírez – Comisario Ramírez, dígame… Afirmativo… De acuerdo, gracias… *(Guarda el móvil.)* Ya tenemos los resultados de las pruebas genéticas.

Feliciano – ¿Y qué? Ya sabemos quién es la víctima. Al menos sabemos quién es su padrino.

Ramírez – Sí, pero gracias a la genética ahora sabemos quién es su padre.

María – ¿El padre de Juan Carlos? ¿Quién es?

Ramírez – Al parecer… el señor cura.

Todas las miradas se dirigen a Feliciano.

Feliciano – No lo entiendo… Tiene que ser un error…

Ramírez – O algún otro milagro…

Laura suspira.

Laura – Este es, desde luego, el peor pueblo de España…

Wendy – ¡Ya lo tengo! ¡Yo también he encontrado algo!

Laura – ¿Qué?

Wendy – ¡Mi nuevo formato de telerrealidad!

Laura – ¿Bienvenidos a la casa parroquial?

Wendy – ¡El peor pueblo de España! Podrán competir todos los municipios del país. Al final invitaremos a varias celebridades a pasar un mes en el pueblo que haya sido elegido como el culo del mundo. ¿Qué te parece?

Laura – Puede ser un éxito mayor que cualquier concurso de famosos en una granja.

Wendy – ¡Aleluya! ¡WC Producciones se ha salvado de la ruina!

Laura – Perdona un momento. Creo que es la ocasión para otra exclusiva.

Laura se acerca a Feliciano.

Laura – Dicen que es usted el padre del nuevo mesías. ¿No ha pensado en trabajar por su cuenta?

Feliciano – ¿Por mi cuenta?

Wendy – Lleva treinta años trabajando para la empresa matriz, el Vaticano.

Feliciano – Y para agradecérmelo querían suprimir mi parroquia…

Wendy – Como padre del mesías podría establecerse como autónomo.

Laura – Y, si lo hace, necesitará una buena responsable de prensa.

Juan Carlos mira a Feliciano con expresión bobalicona.

Juan Carlos – ¿Papá?

Wendy – Y para el programa, él sí que va a necesitar un buen entrenador…

Laura – ¿Está preparado para esta aventura, padre?

Feliciano – En cualquier caso, hermana mía, por usted estoy dispuesto a colgar los hábitos ahora mismo.

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

París – Marzo de 2019
© La Comédiathèque – ISBN 978-2-37705-255-4
https://comediatheque.net/